

Entre el deseo y la realidad

SINITE viene manifestando, desde su nacimiento hasta hoy, una continua preocupación por la escuela cristiana. En este número de 1978 dedicamos nuestras reflexiones a la escuela, a la comunidad y a la educación de la fe en ese deseado ámbito de unidad y comunión.

Al centrar nuestra atención en esto que es problema escolar, no somos ajenos a las crisis profundas o a las dificultades de fondo por las que actualmente atraviesa esa realidad. Problema siempre, pero muy problematizada hoy, que es la escuela. Puede dar la impresión de que nos preocupamos por cuestiones que, siendo importantes, no son las decisivas; puede parecer que seguimos aferrados a nuestros temas «religiosos», técnicos, y que olvidamos los auténticos problemas que se agitan de fondo: alternativas educacionales, cuestiones ideológicas, conflictos sociales, políticos, económicos y laborales que, como es inevitable, cuestionan y condicionan toda acción educativa y el quehacer cristiano en la escuela. Lejos de nosotros semejante preocupación. Somos conscientes de la gravedad de estos problemas y de la urgencia de un tratamiento en profundidad.

Pero teniendo estas cuestiones como telón de fondo, hemos querido en este número por ahondar en algo que es imprescindible que podamos hablar de maduración humana, de formación cristiana y de educación de la fe en el ámbito escolar. La escuela, la comunidad educativa o la educación realizada en una comunidad escolar es algo que se nos presenta como una doble exigencia: una parte las corrientes de educación, que acentúan con intensidad creciente la interacción fecunda del acto educacional que el educar no sea un concepto vano o una obra realizada en solitario; por otra, la necesidad de una comunidad eclesial cristiana como imperativo teológico y como condición catequética para que la fe pueda ser recibida como don y, como tal, aceptada y compartida.

Creemos necesario insistir en la urgencia de una concienciación, por parte de educadores y catequistas, de que la escuela, a pesar de dificultades, obstáculos e impedimentos, ha de ir creando, al ritmo que permita la realidad, una comunidad escolar que sea como el principio de transformación de lo que actualmente es impugnado y atacado, muchas veces sin piedad; el principio de algo que, sin dejar de ser institución, acentúe más los rasgos comunitarios.

Deseamos una comunidad escolar que elimine individualismos infecundos, destruya desigualdades alienantes y una lo que, en virtud de motivaciones implícitas o de tradiciones aún no criticadas, contribuye a crear separación y a agrandarla;

comunidad en donde sea posible un reconocimiento mutuo merced a unos principios identificadores, más cercanos al ser y al querer, más próximos al corazón que a la especulación y a las ideas;

comunidad escolar que sea como el clima espontáneo, la atmósfera de vida en la que el crecimiento de cada uno sea garantía y estímulo del crecimiento total;

comunidad en donde la comunicación sea el medio normal de relación frente a la fría y anónima disciplina burocrática de una institución ; que aglutine los pequeños grupos o las individualidades dispersas y que, al mismo tiempo, sea capaz de hacer que germinen en la masa neutra, anónima a amorfa, células vivas, grupos capaces de favorecer la identificación y la relación de que hablamos;

comunidad que suprima lo que de rígido haya en la autoridad jerárquica y acierte a conjugar flexibilidad y energía, autoridad y diálogo, libertad y responsabilidad, distancia y proximidad;

comunidad, en fin, que sea laugar de convivencia y fraternidad, donde no resulte ni ficticio ni violento proclamar la Justicia, la Verdad y el Amor, y en donde la Palabra pueda ser proclamada, acogida y vivida.

Nuestras reflexiones no son afirmaciones rotundas, amparadas por una seguridad a toda prueba. Desde nuestra provisionalidad e inseguridad, pero también desde nuestro fundado optimismo, participamos de esa ineludible necesidad de interrogarnos, de cuestionarnos sobre la posibilidad real o sobre la utopía infecunda de una comunidad dentro de la escuela; participamos de la inseguridad, o, al menos, de la duda sobre qué es o sobre cómo ha de ser eso que nos atrevemos a llamar comunidad de fe dentro de la

escuela cristiana; hacemos autocrítica de la misión de quienes vocación, sienten como más suya la tarea educativa en crisis. Nos cuestionamos sobre lo que la comunidad de religiosos e dadores puede y debe hacer en orden a la educación de la fe planteamos la posibilidad de abrir nuevos caminos en el camino hacia horizontes, lejanos tal vez, de convivencia y comunicación dentro de ese ámbito en el que aún predomina lo institucionalizado burocrático; intentamos desmitificar realidades, relativizar certezas, cuestionar seguridades. Pero también afirmamos lo que parece ser una necesidad cada día más urgente si queremos que la educación deje de ser una palabra gastada o un tópico burocrático que se esconden otras realidades tan amargas como infecciosas.

Puede que quienes estén inmersos en la cotidiana y por muchos motivos prosaica tarea escolar califiquen los párrafos anteriores como una vana utopía o como un idealismo ingenuo. Puede que en cierto modo, tengan razón. Pero si sabemos que la realidad es dura y difícil y si constatamos que se nos resiste por áspera y reseca, no es solución el lamento ante la dificultad o la decepción nacida del fracaso y del pesimismo. Esa tierra escolar ha de ser roturada por la audacia de la acción y fecundada con la semilla de las ideas, opciones y proyectos. El sol del optimismo y la lluvia que llegará de lo alto harán que nuestro esfuerzo sea fecundo y que el fruto sea un nuevo esfuerzo que bien merece esa escuela cristiana en la que creemos.